

LA OBEDIENCIA RELIGIOSA¹

Buenos Aires, Epifanía 1935

“Año nuevo, vida nueva: vida santa y santificante!

Año nuevo, vida toda en Jesús, de Jesús, por Jesús!

Mis hijos, **vivamos en Jesús!** Perdidos en su Corazón, encendidos de amor, pequeños, pequeños, pequeños: simples, humildes, dulces.

Vivamos de Jesús! Como niños entre sus brazos y sobre su Corazón, santos e irrepreensibles bajo su mirada; inabismados en el amor de Jesús y de las almas, en fidelidad y obediencia sin límites a Él y a su Iglesia!

Vivamos por Jesús! Todos y todo por Jesús; nada fuera de Jesús, nada que no sea Jesús, que no lleve a Jesús, que no respire Jesús! En modo digno de la vocación que hemos recibido, modelados sobre su Cruz, sobre su sacrificio, sobre su obediencia **usque ad mortem**, en oblación y total holocausto de nosotros mismos, como perfume de suave aroma.

Oh Jesús, ábrenos tu Corazón: déjanos entrar, oh Jesús, que sólo en tu Corazón podremos entender algo de lo que Tú eres, podemos sentir tu caridad y misericordia, comprender y amar también nosotros el sacrificio y esa santa obediencia, por la cual Te has sacrificado.”

“He terminado de leer el capítulo II del Evangelio de San Lucas, que nos muestra a Jesús de 12 años, el cual, encontrado en el templo por Maria SS y san José, después de 3 días de búsquedas angustiantes, bajó junto con ellos de Jerusalén a Nazareth, y el Evangelio dice: “**erat subditus illis**”, estaba sometido a ellos.

Los israelitas, a los 12 años se volvían “**hijos de la ley**” y estaban obligados a observar todos los deberes de la religión. Y así quiso hacer Jesús.

Él no estaba obligado, porque, como Dios, era superior a cualquier prescripción ritual. Pero de Él se ha dicho: “**coepit facere e docere**”, empezó primero a hacer y luego a enseñar; nos quiso dar el ejemplo de la fidelidad y obediencia a las observancias del culto, quiso hacernos comprender que es especialmente en el Templo que Dios habla al corazón, es en la Casa de Dios que

¹ Carta de Don Orione a sus religiosos. Pag 255

se obtienen a manos llenas las gracias.

Y en la dulce observación de la Madre, Él dió una justificación alta y precisa, para enseñarnos que, en el contraste entre los vínculos de la tierra y los del cielo, entre las voces aduladoras de la carne y de la sangre y aquella de una llamada superior a vida de perfección, los seguidores de Cristo no pueden discutir ni dudar: “**quia in his quae Patris mei sunt, oportet me esse**”. “**Es necesario – dice Cristo – que yo esté en las cosas que pertenecen al Padre mio: oportet: es necesario!**”

La vocación religiosa, hijos míos, es un deber que está por encima de la ganancia, del interés de los parientes, del sentimiento, de las lágrimas, de la vida y de la muerte.

Y el pasaje de la escritura se concluye en forma sublime con la obediencia de Jesús: “estaba sometido a ellos”.

Toda la vida de Cristo es ejemplo inefable de caridad y obediencia. Él declaró repetidamente de haber venido a la tierra no para hacer la voluntad propia, sino la voluntad de su Padre celeste.

Y en la vida privada y en la pública, y cuando nace y cuando muere, Jesús siempre obedece al Padre, que lo ha enviado: “**fuit oboediens usque ad mortm, mortem autem crucis**”. **Se humilló a sí mismo**, escribe san Pablo (Fil. II); **y fue obediente hasta la muerte, y a la muerte de cruz**, la más ignominiosa.

Jesús, Cordero de Dios, se ofreció víctima e inmaculado al Padre para redimirnos, y nos redimió en la caridad y obediencias más humildes y más grandes.”

“Hoy les hablo de la **obediencia religiosa**, porque ésta es el anillo de oro que nos une a Cristo y a su Iglesia, es el perno sobre el cual gira la vida religiosa.

La obediencia religiosa es santa, porque tiene como fundamento Dios: su base granítica es la fe en la Divina Providencia: la obediencia ve y sigue a Dios. Consiste en la disposición habitual a someterse a las órdenes de los propios superiores, como legítimos representantes de Dios e intérpretes de su voluntad. Y para que pueda decirse virtud, ella debe ser inteligente y libre; y, para que tenga mérito, es necesario que la voluntad la ejecute como un sacro deber.

El religioso obediente ve en el Superior la misma persona de Cristo: para él la voz del Superior es la voz de Cristo, la voluntad del Superior es la voluntad de Dios. Cuando se consideran en Dios todas las cosas que el Superior dispone, ellas se vuelven tanto más justas y amables, cuando podrían, en algunas ocasiones, parecer e incluso ser irrazonables y amargas.

La vida religiosa es posible sólo mediante la práctica fiel y plena de la obediencia, donde ésta **es la virtud básica**.

No podemos dar a Dios nada de más grande que la voluntad, porque ella, dice santo Tomás, es aquella por la cual usamos y disfrutamos de todos los demás bienes. Y, como cada pecado nace del abuso de la voluntad, así del buen uso de ella tiene origen cada acto de virtud.

La obediencia al Superior pone freno a nuestra voluntad, y nos mete al seguro de abusar de la libertad.

Con la obediencia nosotros ofrecemos entonces a Dios la parte mejor de nosotros, **la voluntad y la libertad**, bienes preciosos, que consagramos a Cristo y a la Iglesia por amor, y es este ofrecimiento que bien vale y supera todos los demás, de modo que las divinas escrituras dicen: **la obediencia vale más de las víctimas** (I Reg. XV).

“La obediencia, escribió san Tomás, (Quodlibet. 10 – art 2-3), es virtud que plega y vuelve lista la voluntad del hombre a quien manda”. Y esto **sobrenaturalmente**, o sea, por el amor de Dios, y porque se cumpla en nosotros la voluntad de Dios.

Por lo tanto no de malagana, no por temor servil, sino alegremente **et in Domino** nosotros obedeceremos, y con corazón generoso y magnánimo, ya que Dios ama el gracioso donador: **“todo por amor y nada por fuerza”**, decía sabiamente san Francisco de Sales.

“Entonces la virtud de la obediencia enriquece al hombre religioso, alegra a la Iglesia, dona la paz, ilumina y adorna la mente, castiga el amor propio, abre el cielo, vuelve al hombre feliz, custodia todas las virtudes”, escribió el primer patriarca de Venecia, san Lorenzo Giustiniani (De lig. Vita cap. III).

La hilaridad del rostro, la dulzura en el hablar, la voz delicada son de gran ornamento a la obediencia, y revelan las buenas disposiciones interiores.

Es necesario entonces que nos esforcemos en ser perfectos en la obediencia, oh queridos Hermanos e Hijos en Cristo; y cuando los superiores quieren lo que nosotros no queremos, no irritarnos o quedarnos mal -lo cual demostraría un apego desordenado a lo que se desea- sino plegarnos y uniformarnos **de corazón** a aquello que ellos quieren. No se diga: los Superiores **no ven bien**, los superiores **me dan molestia**, porque la molestia no viene ya del Superior, sino de las propias pasiones y del apego excesivo a nosotros mismos, a nuestras ideas, o a aquellas cosas que se quiere **absolutamente**, mientras que deberían desearse **subordinadamente**, diciendo siempre, pero de corazón, como ha dicho Jesucristo: **“non mea voluntas, sed tua fiat!”**.

De este modo amarán verdaderamente a sus superiores, oh queridos míos, si dejaran a ellos el oficio de guiarlos y mandarlos, y ustedes harán su deber de obedecer fielmente y alegremente. Entonces la protección de Dios no les podrá faltar, porque Dios protege siempre a los obedientes, y los conforta abundantemente con aquellos bienes verdaderos que Él sabe les convienen.

Así, hijos míos, y no de otra forma, nos quiere conducir el Señor a vivir del verdadero espíritu religioso y a la santificación: es decir por una perfecta obediencia, en la negación total de nosotros mismos, como está dicho en el Evangelio de quien quiere seguir a Cristo, haciéndonos deponer nuestro juicio y el amor propio. Oh qué gran bella y santa cosa que es estar en obediencia! Vivir bajo la guía de un Superior y no ser dueños de nosotros mismos!

La Imitación de Cristo, el gran libro que tanto enseña a vivir, a amar, a sufrir cristianamente y de verdaderos religiosos, agrega: “**Mucho más seguro es estar en obediencia que en autoridad**” (Libr. 1 – IX). Porque la obediencia es el camino recto, el camino más directo, más seguro, más suave, para obtener nuestra salud. Por esto “la mente del justo hace su estudio de la obediencia” (Prov. XV – 28). “**Curre hic vel ibi**: corres aquí y allá, pero no tendrás sosiego, si no bajo el gobierno de un superior, en la humilde obediencia” (Libr. 1 – IX).

Y por qué? Porque obediencia religiosa es ahogar la propia voluntad, con corazón alegre: es ver a Cristo en el Papa, en los obispos, en los Superiores: es amarlos, escucharlos, seguirlos dócilmente, con plena y filial adhesión de corazón y veneración filial.

Sólo en la obediencia a Cristo, a su Iglesia, a las autoridades y a los superiores está el reposo y la paz del corazón.

Obediencia, dice san Agustín, es querer lo que quiere el Superior y quererlo con ánimo alegre: no contradecir con el pensamiento, ni con la palabra, ni con los hechos: cumplir, sin titubear, la orden recibida o los deseos del Superior, y en el Superior ver y seguir a Cristo.

“Muchos están bajo la obediencia más por fuerza que por amor, dice la **Imitación de Cristo**; y ellos padecen y con facilidad se lamentan: los cuales obtendrán libertad de mente, hasta que no se sometan con todo el corazón, por amor de Dios” (Libr. 1 – IX).

“Quien se afana por substraerse a la obediencia, se subtrae también de la gracia. El que no se entrega con ganas y espontáneamente a su Superior, es signo que su carne no le obedece todavía perfectamente, y enseguida se fastidia. Aprende entonces a someterte a tu Superior **libremente, espontáneamente, con celeridad**, si quieres dominar tus pasiones. Es siempre el pio autor de la Imitación de Cristo (libr III Cap XIII).

Porque sólo con la obediencia se puede agradar a Dios y ser buenos religiosos: por lo cual quien verdaderamente desee amar y servir a Dios, no tiene que hacer otra cosa que obedecer.

Y cómo obedecer? Santa Catalina de Siena quiere que cada religioso se ponga delante “la obediencia de Jesús Crucificado, el cual por la obediencia al Padre y por la salud nuestra, corrió a la terrible muerte de cruz”.

San Francisco de Sales escribió: “Tu no quieras si no lo que Dios quiere. Haz cuanto te dice quien te gobierna, siempre que no encuentres pecado: **querer lo que quiere el superior, es querer lo que quiere Dios**. Aquí está la verdadera obediencia y contento, la paz del corazón y la perfección.

Obedezcamos entonces siempre, hermanos, no hay medio más seguro y más rápido para santificarse. Es el mismo san Francisco que decía “muchos religiosos y otros fueron santos aún sin la oración mental, pero ninguno pudo ser sin obediencia”. Y efectivamente no encontramos un santo que no haya tenido una

obediencia exactísima.

Obediencia sin reticencias, sin llantos, sin titubeos, o mis queridos, de otra forma, dice san Ignacio de Loyola, la obediencia no sería entera, sino por la mitad, mezclada de desobediencia.

Obediencia bajo el ejemplo del Divino Salvador que la practicó aún en las cosas más difíciles, hasta la crucifixión; por lo que, cuando aquello quisiera la gloria de Dios, el amor a la Iglesia y a la Congregación, debemos también nosotros obedecer, con la gracia divina, hasta dar la vida, felices de hacer un ofrecimiento al Señor: la obediencia es el aroma del sacrificio.

Obediencia no sólo en lo que es de estricta obligación, sino también a los deseos mismos de los Superiores.

Obediencia en cuanto a la substancia y en cuanto al tiempo, obediencia humilde y constante, lista e indistinta, es decir a todos los Superiores, aún a los subalternos, aún a los compañeros, cuando éstos tengan algún oficio o responsabilidad.

Fuesen aún los Superiores por sí mismos indignos de su puesto, fuesen defectuosos y, -tanto para expresarlo- aún repugnantes, se adquiriría un mérito más grande y se estaría más seguro de obedecer a Dios. Los defectos de los superiores vuelven infinitamente más meritoria y querida a Dios la obediencia; que no hay que considerar las cualidades humanas, ni si la orden sea razonable, sino si es razonable la obediencia.

Si se pone como motivo la racionalidad de la orden, la obediencia es destruida. Nosotros debemos a los pies de la Iglesia y de los Superiores anonadarnos, obedecer por el amor de Cristo, y ser como trapos.

San Pablo dice: “Obedezcan a sus superiores, y estén sometidos a sus órdenes, porque los superiores deben velar, como si tuvieran que rendir a Dios cuenta de sus almas. Obedezcan con ganas y enseguida, para que puedan cumplir el oficio de Superior con gozo, y no entre lágrimas y suspiros. (Heb XIII-17).

Se ejecute entonces enseguida y siempre, oh Queridísimos, lo que la Santa Sede pide, aconseja y desea, -y ninguno nunca nos gane en obediencia filial, en el obsequio y amor al Papa y a los obispos, que el Espíritu Santo ha puesto a gobernar en la Iglesia de Dios.

Se ejecuten puntualmente las órdenes y los deseos de los Superiores, las Reglas de la Congregación, las costumbres especiales de cada Casa: y tengamos siempre el ánimo preparado a obedecer, aún antes de la orden.

Donde reina la obediencia no puede faltar alguna virtud, dice san Tomás. Y nuestra obediencia sea fervorosa, no lánguida, sea el nuestro un holocausto agradable a Dios, bello, perfecto, santo: dispuestos aún a morir antes que a desobedecer.

Los Hijos de la Divina Providencia tienen que anhelar y arder por ser víctimas con Cristo Señor: por ser sacrificio y, diría, hostia pura hasta la muerte: y lo que

cotidianamente nos tiene que inmolar, más que el fierro de la obediencia de Isaac, sea la Cruz santa de Cristo. Los Hijos de la Div. Providencia tienen que ser hijos de obediencia: o no son verdaderos hijos de la Div. Providencia.

Que, si sucediese de caer en alguna falta, sepa cada uno prontamente humillarse y pedir perdón a quien se desobedeció.

Este acto de humildad lo beneficiará inmensamente para obtener el perdón de la falta cometida, y para obtener la gracia del Señor para el porvenir y para mantenernos en guardia para que no repitamos más esa falta.

Y, como hace falta esforzarse para rezar, así hay que esforzarse para adquirir el espíritu de obediencia, elemento esencial de la vida religiosa, la cual quiere ser vida de perfección, o no es más vida religiosa, ni de verdadera virtud.

Recordemos lo que escribió san Agustín: **“La obediencia es la madre y la guardiana de todas las virtudes”** (Trat. XI)

San Gregorio Magno: **“La obediencia conduce al poseso de todas las otras virtudes y todas las conserva”** (Moral 1-35).

San Buenaventura: **“Toda la perfección religiosa consiste en la supresión de la propia voluntad, es decir en la práctica de la obediencia”**.

Así que, si nosotros practicásemos con perfección la obediencia, podemos estar seguros de practicar, oh mis queridos, todas las otras virtudes.

Por lo cual san Ignacio de Loyola no duda en afirmar que, si en una Casa religiosa florece la obediencia, también todas las demás virtudes florecen, y producirán mucho fruto; y es verdad, obedeciendo, se ejercita la mortificación, la paciencia, la humildad, etc. La obediencia es sobretodo ejercicio de la humildad.

Aún en las cosas más indiferentes, ponemos nuestra felicidad en obedecer: vivimos el vivo y ferviente deseo de obediencia.

El Superior sea considerado como padre amoroso: obedezcámosle como hijos en el Señor, con ánimo gracioso.

Y digo **con ánimo gracioso**, porque la obediencia nos tiene que alegrar siempre, más allá del sacrificio que comporte: si la obediencia no nos alegra, sino que nos entristece, estaremos bien lejos de la perfección.

Así, san Basilio Magno dice que hicieron los apóstoles: recibido de Cristo el comando de predicar el Evangelio por todo el mundo, todos alegres se fueron aún sabiendo que habrían encontrado insultos, cárcel y martirio.

La obediencia, para ser agradable al Señor, tiene que ser seguida con prontitud, en simplicidad y perfecta alegría.

El verdadero obediente, dice san Bernardo, no dilata, mas, apenas escucha, ya está listo para cumplir las órdenes, la voluntad de Dios. Así hizo Zaqueo (Lucas XIX).

San Pablo enseña (Efes. I-5): **“Obedezcan...en la simplicidad de su corazón,**

como a Cristo”. Así obedecieron Pedro y Andrés. (Mat. IV-20). Y agrega: “no para el ojo de la gente, como hace quien quiere agradar a los hombres, sino como esclavos de Cristo que siguen la voluntad de Dios cordialmente y de buena voluntad”.

Es decir, no en cualquier modo, sino con toda atención y diligencia obedezcan, oh mis queridos, en el mejor modo posible: y no sólo en algunas cosas, sino en todas. No busquemos ni la razón, ni el motivo o el fin de la orden: le corresponde al Superior examinar la oportunidad de la orden, es en cambio propio de los súbditos obedecer: “**discernere superioris est, subditorum oboedire**”, dice San Bernardo.

Y San Filippo Neri, maestro de espíritu y de criterios para nada angustiosos, decía que “para ser obedientes no basta hacer lo que la obediencia manda, sino que hay que hacerlo sin discursos ni dentro ni fuera, y tener por cierto que lo que viene ordenado es la más perfecta cosa que se pueda hacer, aunque parezca o sea en verdad el contrario”.

Nada prohíbe que, en algunos casos, se pueda someter al Superior, respetuosamente, alguna reflexión, las propias dificultades o repugnancias, pero la cosa mejor y más perfecta es obedecer por el amor de Dios, con plena confianza que **nuestra voluntad será grandemente bendecida**.

A todos nuestros juicios y pensamientos anteponer lo que prescribe la obediencia.

Hay siempre una razón para obedecer a cualquier orden, y esta razón es la de volvernos perfectos, por amor de Cristo.

Oh, mis queridos, no se da un engaño más funesto del enemigo que aquel de un falso celo, que nos lleva a obedecer menos espontáneamente, con el pretexto de algún bien espiritual que se pretende de hacer al próximo.

Jesucristo no fue apegado ni a personas ni a lugares, ni a tiempos, ni a acciones, sino solo a hacer la obediencia del Padre suo **usque ad mortem**.

Obedezcamos entonces con simplicidad, sin pensar si la orden es útil o poco útil: nosotros no somos jueces de nuestros Superiores: sabemos que en la obediencia a los Superiores está la voluntad de Dios, y basta; nosotros sigámosla con prontitud, con simplicidad, con todo el corazón, considerándola como óptima.

Excepto en el caso que el superior ordenara algo pecaminoso, nuestro intelecto tiene que callar: no juzgar, no criticar, no censurar, sino obedecer enteramente, aún si la cosa ordenada no sea de nuestro gusto, aún si la obediencia requiere de leves sacrificios, dolorosas renunciaciones, quizá humillaciones.

“Hagan todas sus cosas sin murmuraciones, sin titubear, para que puedan ser hijos de Dios, simples, sin lamentos e irreprehensibles. (Filipp. II)”.

Obedecer siempre pues, obedecer sin artificios, sin simulaciones, con sinceridad, cordialmente, alegremente, con **espíritu ferviente**.

Sin una absoluta y ciega obediencia, no habríamos jamás muerto a nosotros mismos.

Como la obediencia trae consigo todas las virtudes, así la desobediencia trae todos los defectos: por la desobediencia entró el pecado en el mundo y la podredumbre del mal. Y un religioso que no tiene la rectitud, sino que con mezquinas travesuras, escondites, pretextos, se sustrae a la segurísima virtud de la obediencia, caerá en defectos más graves, y perderá la vocación; y su eterna salvación será, por lo menos, muy incierta.

Y tienen ánimo bajo aquellos que obedecen solamente para escapar de los retos o para obtener el beneplácito de los Superiores. Esta no es obediencia, no, sino oportunismo, vil interés, y, podría bien decir, verdadera hipocresía.

Estos no conocen ni el valor ni el mérito de la obediencia.

Fuera de la obediencia no hay virtud sólida, sino solo amor propio, soberbia y engaño.

En la obediencia, en cambio, hay gran sabiduría, la sabiduría que abraza todo.

No es hacer mucho al externo que cuenta frente a Dios, sino el tener un corazón humilde, recto, obediente. Y la simple obediencia es virtud tan querida a los ojos de Dios que sola basta para santificarse.

El camino de la obediencia fue el camino de Jesucristo, de Maria SS., de san José y de los Santos: es el camino de la santa inmolación con Cristo, de la paz y de la felicidad.

Obediencia! Obediencia! Obediencia!

Y evitaremos de equivocarnos, destruiremos nuestro amor propio, escaparemos de los engaños del demonio y de la ilusión de nuestra desatinada fantasía, **la loca de la casa**.

El hacer las cosas que gustan y son agradables, es seguir la propia voluntad. Pero la verdadera obediencia, que nos vuelve agradables a Dios y a los Superiores, que edifica a los hermanos y al pueblo cristiano, consiste en hacer de buen ánimo **cualquier cosa** que sea ordenada o deseada de la Santa Sede, de nuestras Reglas o de los Superiores. Consiste además en mostrarnos más que disponibles aún en las cosas muy difíciles y contrarias a nuestro amor propio, y en cumplirlas valientemente, aunque nos cueste pena y sacrificio. Es mártir, sin derramamiento de sangre, quien lleva contento el yugo de la obediencia; de él se ha dicho: **Vir oboediens loquetur victorias**: el obediente cantará victorias sobre victorias: vencerá siempre!

Cuanto más la obediencia es difícil y heroica, tanto más será meritoria, y nos conducirá a la posesión del Reino de los Cielos, según estas palabras del Divino Redentor: “El Reino de los cielos se adquiere con la fuerza, y es de aquellos que se hacen violencia”. Y es claro: sin fuerza de ánimo, no hay virtud.

Y cada uno sostenga siempre la reputación de la congregación, prestando y

haciendo prestar obsequio a las deliberaciones y a las órdenes de los Superiores, hablando con respeto y veneración.

“si uds serán religiosos verdaderamente obedientes -decía don Bosco- yo les puedo asegurar en el nombre del Señor que pasarán en la Congregación una vida verdaderamente tranquila y feliz. Pero al mismo tiempo, tengo que decirles que, desde el día en el cual quieran hacer no según la obediencia sino de propia voluntad, desde ese día ustedes empezarán a no encontrar más contento en su estado.”

Y si se encuentran en la Congregación descontentos de aquellos a los cuales la vida de comunidad les significa un peso, se observe bien, y se verá que ello proviene de la falta de obediencia.

El Superior es el intérprete de la voluntad de Dios, y nadie es más sabio y prudente de quien sigue los deseos de Dios.

A los ojos de Dios el levantar una paja del piso por obediencia, dice el Rodriguez, vale más y es de mayor mérito que hacer una predicación, un ayuno, una disciplina a sangre o una larga oración de propia voluntad.

Quien escuche éstas palabras, y las ponga en práctica, será comparado al hombre sabio, que fundó su casa sobre la piedra. (Matt. VII-24).

Escuchen, oh Hijitos, estas otras palabras que son espíritu de vida.

Dice el Divino Maestro: “Pero que cosa es jamás que tu, por amor de Dios, te sometas a un hombre, tu que eres polvo de nada; cuando yo, Omnipotente y Altísimo, que de la nada he creado cada cosa, me sometí humildemente al hombre por amor tuyo?”

Me he hecho el más humilde y bajo de todos, para vencer con mi humildad tu soberbia.

Oh polvo aprende a obedecer. Oh tierra y barro, aprende a humillarte y a curvarte bajo los pies de todos. (Imit. Cristo Libr. III e XIII).

Hijitos míos, amemos al Señor, y nada amaremos más, nada nos será más dulce que la obediencia!

No se pierdan de ánimo, oh mis queridos Hijos, con motivo de ciertas amarguras, o de los dolores y aflicciones que la Pequeña Obra fuera por Dios misericordiosamente llamada a sufrir, por amor de Cristo y de la Iglesia, para dar su prueba de obediencia absoluta y de devoción dulcísima: -las humillaciones y aflicciones tomadas de las manos de Dios, serán un día nuestra gloria.

Sólo les recomiendo rezar, rezar mucho, y obedecer siempre.

Hijitos, sea cada uno de nosotros el “**Vinctus Christi**”, del cual habla san Pablo, el esclavo de aquel Cristo que obedeció hasta la muerte: el vencido del Rey del amor, Jesús Crucificado- y nada más desearemos que el morir a sus pies, víctimas, también nosotros, de obediencia y de caridad.

Con toda la efusión de mi pobre corazón, los abrazo **in osculo sacto** y los

estrujo conmigo a la Cruz de Jesús, para que seamos todos siempre obedientísimos,
y los bendigo amplísimamente.

Sac. LUIGI ORIONE
della Divina Provvidenza